

El año 1739, tercero de la guerra, fué el decisivo. El feldmariscal conde Wallis, á quien se confió el mando en jefe, había recibido del emperador la órden terminante de librar una gran batalla, pues en Viena estaban formalmente resueltos á que en buenas ó en malas condiciones se firmara la paz aquel año: en su consecuencia, cuando en el mes de julio el gran visir se dirigió contra Belgrado, salió Wallis al encuentro para defender aquella plaza, trabándose el día 23 de dicho mes la batalla de Krozka. La derrota que allí sufrieron los imperiales no fué solamente debida á la inferioridad numérica de su ejército que se batió valientemente, sino en buena parte á la mala dirección de Wallis, á quien se acusó duramente por haber aceptado el combate en un terreno desfavorable y no bien reconocido y por no haber sabido concentrar debidamente sus tropas. El feldmariscal acabó por emprender la retirada, cosa que quizás no se habría visto obligado á hacer si hubiese llamado á tiempo el cuerpo de ejército del general de Neipperg que no había entrado en combate y que se encontraba cerca del lugar de la acción, y despues de haber repasado el Danubio, abandonando á Belgrado á su propia suerte, no se detuvo hasta Pancsova.

Inmediatamente comenzó el gran visir el asedio de Belgrado, plaza cuyo mando desempeñaba el general Succow. Los sucesos que despues acaecieron constituyen una página negra en la historia de Austria, no solo en el sentido de las muchas y graves culpas que pesan sobre cuantos personajes en ellos intervinieron, sino en el de falta de luz sobre muchos puntos dudosos (1). Ante las contradictorias afirmaciones de Succow y del general Schmettau es difícil afirmar si Belgrado se encontraba en un estado de imposible defensa, como decia el primero, ó si, como el segundo sostenia, hubiera podido resistir largos meses de asedio; lo que sí es seguro es que Wallis descuidó casi todas las medidas necesarias para salvar la plaza. No puede saberse á punto fijo hasta dónde llegaban sus poderes para entablar las negociaciones de paz precipitadamente por él iniciadas; pero en breve le fueron quitados aquellos poderes que se confirieron al general Neipperg, quien llevó y terminó el asunto de la paz con una precipitación tan extraña como inoportuna. Por otra parte, está fuera de toda duda que desde la batalla de Krozka el ejército imperial no estaba en condiciones de realizar grandes operaciones contra el ejército, muy superior en número, del gran visir; que las órdenes emanadas de Viena se contradecían y no respondían á un plan fijo, y que despues de haber sucedido lo inevitable, el gabinete imperial procuraba con asiduidad inusitada sacudirse públicamente toda responsabilidad y echar la culpa de todos los desastres únicamente sobre los generales Wallis y Neipperg.

No entraremos en detalles acerca de aquellos complicadísimos sucesos en los cuales desempeñó un papel importante el embajador francés Villeneuve, encargado de mediar en el asunto, y el gran visir, con la conducta hábil y arrogante con que llevó las negociaciones, supo evitar que estas dieran mejores resultados para el emperador. En esas negociaciones

(1) Como fuentes de información para la historia de esta guerra turca y de la paz de Belgrado, tenemos las notas importantes, aunque frecuentemente contradictorias, de muchos militares que en una y otra intervinieron. En lo relativo á los primeros tiempos, hay la biografía de Seckendorff (Leipzig, 1792, 4 tomos), escrita con presencia de sus propios papeles; despues las *Memorias secretas de la guerra de Hungría*, etc. (Frankfort, 1771), del conde Schmettau, y finalmente el hijo del mariscal Neipperg, para justificar á su padre, publicó los papeles de este en la *Historia circunstanciada y basada en documentos originales de todos los verdaderos sucesos ocurridos en las negociaciones para la paz firmada en Belgrado en 1739* (Leipzig, 1790), que es una colección de excepcional importancia. Además véase Laugier: *Historia de las negociaciones para la paz de Belgrado*, etc. (Paris, 1768).

no dejó de ejercer cierta influencia el envalentonado cuerpo de genizaros, que exigió tumultuosamente la entrega de Belgrado, amenazando en caso contrario con apoderarse de la plaza á viva fuerza.

El final de todo fué que en 18 de setiembre de 1739 quedó firmada la paz de Belgrado, de suerte que, transcurridos apenas tres años desde la muerte del príncipe Eugenio, veníase abajo la mayor parte del magnífico edificio por este levantado sobre las últimas grandes victorias contra los turcos conseguidas y sobre la paz de Passarowitz. Belgrado pasó á poder de los turcos, debiendo ser derribadas antes de la entrega de la ciudad las fortificaciones construidas recientemente en ella por los austriacos: lo propio sucedió con la plaza fuerte de Sabacz de Save, en Servia. De las grandes conquistas realizadas en 1718 devolvíase á los turcos Servia y Valaquia hasta el Aluta y además la plaza de Orsova: el Banato continuaba perteneciendo á Austria, pero las fortificaciones de Mehadia hubieron de ser derruidas, y en Bosnia se restablecieron los límites marcados en la paz de Karlowitz (1699), constituyendo por consiguiente el Danubio y el Save, en lo principal, la frontera entre ambos reinos.

Tal fué el resultado humillante de una guerra de tres años. Wallis y Neipperg pagaron su mala dirección militar y la funesta y precipitada paz con sendos procesos militares, tan lentos como infructuosos, y con la prision en las fortalezas de Spielberg y Graz, de donde, al igual que Seckendorff, no salieron hasta despues de la muerte de Carlos VI. Pero en realidad el mal era demasiado hondo para que pudiera remediarse sentenciando á algunos generales: radicaba en primer lugar en la terrible perturbación de la hacienda, la cual reflujó directa y funestamente sobre el ejército, en cuya administración se notaban síntomas de la depravación mas completa. Los generales de la última guerra no solo habían sido hombres de escasas aptitudes, sino que habían tenido que sostener la lucha con un material de guerra que ni por su cantidad ni por su calidad estaba á la altura que en otros tiempos alcanzara. Toda la vida pública austriaca parecia haber experimentado un retroceso durante los últimos años de Carlos VI; parecia como que la inseguridad de la suerte futura de la dinastía y de la monarquía hubiesen producido una parálisis general: la antigua Austria no revivió sino despues de haber sido removida en sus cimientos por la gran princesa á quien pertenecía el porvenir (2).

«Este año me quita muchos años de vida que, sin embargo, son de escasa importancia. Mas sea lo que Dios quiera.» Esto escribía Carlos VI á su confidente Vartenstein en los dias en que se firmó la paz de Belgrado. «Ha soportado — escribía mas tarde el embajador prusiano en Viena, Borcke — todas las aflicciones de sus últimos años sin exhalar la menor queja; pero le habían roído el corazón.»

Van, sin embargo, demasiado lejos los que suponen que murió «con el corazón traspasado de dolor», como parece desprenderse de las citadas palabras de Borcke. Carlos VI falleció á la edad de cincuenta años cuando esperaba vivir todavía muchos mas, y no pudo ver el nacimiento de su primer nieto varon, pues los primeros hijos de María Teresa fueron hembras. Como su esposa la emperatriz Isabel estaba enferma, acarició hasta sus últimos momentos, así por lo me-

(2) No hemos de hablar aquí de la guerra ruso-turca que terminó al mismo tiempo que la austriaca: á pesar del brillante comportamiento de los rusos mandados por el feldmariscal Munnich, los resultados definitivos de la paz no fueron del todo gratos para Rusia. En efecto, Azof fué conquistada, pero sus fortificaciones hubieron de ser demolidas; Rusia no pudo tener ninguna escuadra en el mar de Azof ni en el mar Negro; los rusos solo pudieron hacer el comercio del mar Negro en barcos turcos, etc. Zinkeisen, tomo V, pág. 799.

nos se creía en Viena, la esperanza de poder dar, por un segundo matrimonio, á su dinastía un heredero y á la monarquía un sucesor (1).

Pero para el caso de que esta esperanza no se realizase había adoptado las oportunas medidas. La Pragmática Sanción había sido reconocida por las principales potencias europeas, y el hecho de haberla garantizado Francia, es decir, el cardenal Fleury, á quien se tenía por el ministro que decidía todas las cuestiones importantes, lo consideraba él como una conquista inapreciable para el porvenir de su dinastía y de su Estado, razón por la cual le pareció en lo sucesivo que la misión primordial de su política había de ser cultivar la mas íntima inteligencia con Francia.

Este fué el error mas funesto de los últimos años de su vida, tanto mas cuanto que con esos deseos estaba estrechamente enlazada la creciente enemistad entre Prusia y Austria, destruyéndose de esta suerte una union que en lo porvenir hubiera podido proporcionar al Austria ventajas mucho mas fructíferas que la ambigua amistad del cardenal Fleury.

Es evidente que, especialmente desde los tiempos de la guerra de sucesión polaca y de la paz de Viena de 1735, la corte vienesa había prescindido en muchas ocasiones de las consideraciones debidas á Prusia y al rey prusiano. Austria cometió algunas faltas de forma que en Berlin fueron tomadas á ofensa, como por ejemplo la de no haber notificado á la corte prusiana el matrimonio de la archiduquesa María



Combate con turcos. Facsimile reducido del grabado de G. C. Bodenehr. Dibujo original de G. F. Rugendas (1666-1742)

Teresa y otras. Pero mas grave que todo esto era la posteridad de que el rey Federico Guillermo se creía objeto por parte del emperador en todo cuanto á política se refería.

No puede afirmarse hasta qué punto era absolutamente justa la extremada susceptibilidad del rey de Prusia; pero, dado que existía, los intereses legítimos de ambas cortes necesariamente habían de llevarlas por muy distintos caminos. En la naturaleza de las cosas estaba que entre la autonomía de la monarquía prusiana, con tanta energía mantenida, y los derechos históricos del Imperio hubiera continuos rozamientos. Viena no podía ver con buenos ojos el engrandecimiento de Prusia, y si se tiene en cuenta que la política exterior de esta, á pesar de sus grandes armamentos, se caracterizaba por una inercia y una pasividad como las que demostró Federico Guillermo durante los últimos veinte años, no es de extrañar que todos los demás Estados atendieran lo menos posible los deseos é intereses del Estado prusiano.

De estos intereses adquiría de día en día mayor importancia el de la sucesión de Juliers-Cleves, y en ninguna cuestión como en esta vióse cuán aislada estaba y cuán impotente, desde el punto de vista político, era la Prusia de los últimos años de Federico Guillermo. Por lo que se refería á

(1) Así lo cree el embajador veneciano Capello, el cual dice, además, que ello explica por qué Carlos VI no impulsó la elección de su yerno como rey de Roma: «para no privar de este derecho á la prole que pudiera nacerle.» Véase Arnetz: *Relaciones*, etc., pág. 221.

Berg y á Ravenstein, el emperador había hecho en el tratado de Berlin ciertas promesas no tan obligatorias como aparentaba creer la corte berlinesa. La dinastía del Palatinado en todas sus ramas oponíase á las pretensiones de Prusia y no quiso ceder ni aun despues de haberle esta ofrecido una suma cuantiosa; y detrás de aquella dinastía estaba la política francesa que en modo alguno deseaba ver en manos de Prusia la plaza fuerte rhenana de Dusseldorf. De las demás potencias con las cuales debía contarse, Inglaterra-Hannover, por efecto de la continua tirantez de relaciones con la corte de Berlin, no se sentía en modo alguno inclinada á tomar á pechos el engrandecimiento de Prusia en el bajo Rhin, y Holanda tampoco tenía el menor deseo de ver aumentada con la adquisición de Berg y Dusseldorf la presión casi siempre molesta de la vecindad prusiana.

De suerte que en aquella cuestión las pretensiones de Prusia se encontraban enfrente de un conjunto de deseos é intereses contrarios á los suyos: para vencer esta resistencia hubiera sido precisa una energía ó una habilidad incomparablemente mayores que las de que dió pruebas Federico Guillermo.

En vez de esto, Prusia hubo de sufrir humillación tras humillación. En febrero de 1738 uniéronse Francia, Inglaterra, Holanda y Austria para presentar una proposición de arreglo en virtud de la cual se había de permitir, á reserva de los derechos prusianos, al conde palatino de Sulzbach apoderarse provisionalmente de aquel territorio litigioso en el mo-

mento en que vacara la herencia, proposición naturalmente inaceptable para Prusia, pues de realizarse concedía al adversario la inapreciable ventaja de la posesión de hecho. Aquella tentativa no produjo por consiguiente resultado alguno, y desde el momento en que la proposición fué rechazada por el gabinete de Berlín, Inglaterra y Holanda desistieron de ocuparse más de aquel asunto.

En Viena, el deseo de llegar á la más íntima inteligencia con Francia sobreponíase entonces á toda otra consideración; pero también en Berlín, por mucho que este cambio mortificara al rey, tomaba cuerpo la creencia de que sin la buena voluntad de Francia era imposible lograr una solución favorable en la contienda de la sucesión. Resultó, pues, con gran contento del cardenal Fleury que así Austria como Prusia se vieron precisadas á negociar secretamente con este sobre la manera de resolver la cuestión de la herencia de Berg: como tantas otras veces había sucedido en anteriores tiempos, la disensión existente entre las dos grandes potencias alemanas hacia á la política francesa árbitra en este asunto que pertenecía exclusivamente á la política interior de Alemania.

Al ministro cardenal francés interesábase tener en su mano á una y otra potencia, lo cual pudo lograr engañando á ambas y firmando con ellas, con un pequeño intervalo, dos tratados en realidad incompatibles.

En enero de 1739 se firmó un nuevo tratado secreto entre Francia y el emperador, por el cual ambas potencias convenían que, apenas vacara la herencia, la casa del Palatinado de Sulzbach estaría en posesión provisional por dos años de todos los territorios en aquella comprendidos, y se comprometían á oponerse á cualquiera otra toma de posesión. Es evidente que con este tratado violaba el emperador las obligaciones contraídas en el de Berlín de 1728, pues si bien se dejaba pendiente la solución jurídica propiamente dicha, ya se comprenderá que si las cosas se encaminaban por la senda que entonces se les trazaba, una posesión de hecho por dos años y garantizada por Francia y por el emperador entrañaba en realidad una resolución favorable á las pretensiones del Palatinado, quedándole á Prusia por todo recurso una protesta, una pretensión y un pleito en el Consejo áulico del Imperio.

Peró mientras el gobierno de Viena, cegado por su enemistad contra Prusia y exagerando ciegamente también la amistad de Francia, no tenía reparo alguno en preparar un golpe mortal al que antes fuera su aliado alemán, la política francesa procedía con circunspección y habilidad infinitas. El cardenal Fleury no quería, ni mucho menos, enemistarse con el Estado prusiano, tan poderoso desde el punto de vista militar. Nuevas complicaciones dibujábanse en el horizonte de la política europea; entre Inglaterra y España acababa de estallar una nueva guerra en la cual Francia había de intervenir forzosamente andando el tiempo, y era general el convencimiento de que en Alemania preparábanse grandes acontecimientos: en tales circunstancias ¿podía la política francesa romper abiertamente con Prusia y arrojarla en brazos de Inglaterra-Hannover? El maleable cardenal supo á un mismo tiempo encadenar á Francia las esperanzas de Austria, conservar bajo su patronato á la casa del Palatinado y atraerse á Prusia.

Por el mismo tiempo en que se firmaba aquel tratado con el emperador, seguía Francia en silencio negociaciones con Prusia, no en París ó Berlín, sino en El Haya á fin de mejor guardar el secreto.

Lo que Francia ofrecía tendía ciertamente á una disgregación del territorio pretendido por Prusia: Dusseldorf, esa ciudad que domina uno de los más importantes afluentes del

Rhin, no había de ir á parar de ningún modo á manos de Prusia, de esa potencia guerrera de poderío incalculable; por esto pedía Francia que la faja de territorios de Berg colindantes con la orilla del Rhin, aproximadamente desde Dusseldorf hasta la confluencia de este río y el Sieg, quedase perfectamente deslindada y pasase, junto con aquella ciudad, á la casa de Sulzbach, la cual recibiría también los bailios del ducado de Berg situados al Sur del Agger, ó sea una sexta parte del territorio: Prusia, en cambio, se quedaría con mayor y mejor parte de Berg y con el señorío de Ravenstein.

Sobre esta base firmóse el tratado secreto franco-prusiano de 5 de abril de 1739. Francia se obligó á obtener para ese convenio la aprobación de la casa palatina, y en caso de no conseguirla, estaba conforme con que á la muerte del elector Carlos Felipe del Palatinado Prusia entraría en posesión del territorio que el tratado concedía á este. Si la proposición era aceptada, Prusia pagaría un millón de thalers al conde palatino de Sulzbach en cuanto tomara posesión de aquellos territorios.

Hasta este punto limitó sus pretensiones la corte prusiana que en un principio había exigido toda la herencia de Juliers-Berg; pero el rey Federico Guillermo dábale por satisfecho con haber asegurado por lo menos esto (así lo creía él) sin haber tenido que recurrir á las armas. «La cuestión está, escribía, en comenzar por sentar la planta en Berg: mi hijo podrá hacer suyos los territorios de allende el Agger y la faja, y el hijo de mi hijo, Dusseldorf. ¿No lo ha hecho así Francia con la Alsacia y la Lorena (1)?»

Con estos dos tratados secretos quedó provisionalmente terminada aquella cuestión espinosa. ¿Pensaba el cardenal Fleury mantener en lo futuro el uno ó el otro, el prusiano ó el austriaco, ó tal vez ninguno de los dos? Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la política francesa se encontraba en la situación más favorable, pudiendo, cuando llegara el momento decisivo, jugar una ú otra carta en la seguridad de salir siempre ganando. En el tratado con Prusia había un artículo secreto en que se decía que los dos Estados se reservaban la facultad de entablar negociaciones para llegar á una alianza política más estrecha, y el cardenal Fleury pudo entregarse á la esperanza de que en la gran «guerra general» que seguramente había de estallar, fácilmente lograría de Prusia, mediante algunas nuevas concesiones, que se pusiera completamente al lado de Francia.

La situación de la monarquía austriaca no podía ser peor, así en lo que se refería al interior como en lo que al exterior afectaba: el ejército se encontraba en un estado de completa decadencia y la hacienda estaba arruinada; en ninguna rama de la alta administración del Estado había personalidades ilustres ó siquiera hombres de confianza; por heredera de la corona una mujer joven é inexperta, casada con un príncipe insignificante que no gozaba de ninguna simpatía en el país y del cual no había tenido ningún hijo varón; por todos lados compromisos antipragmáticos que amenazaban la existencia de la monarquía; la política bávara haciendo públicamente aprestos militares y preparativos diplomáticos y ocultando apenas sus intenciones; el otro pretendiente *josefino*, Augusto III de Sajonia-Polonia, más prudente, pero no menos ambicioso; no rotas todavía las relaciones con Prusia, pero tampoco en vigor la antigua alianza; por todas partes opiniones y discusiones enconadas; en Berlín un nuevo rey con quien menos aun que con su padre podía contarse; en Austria misma, profundo descontento que salía ya á la superficie y luchas de partido de la peor especie; en-

(1) Nota marginal autógrafa del rey, en Droysen, tomo IV, página 360.

tre la nobleza del Alta y de la Baja Austria, los primeros síntomas de la formación de un partido bávaro que comenzaba á contar con las probabilidades del pretendiente Wittelsbach en Munich; y por encima de todo la atmósfera asfixiante de un porvenir inseguro.

De haber vivido Carlos VI diez años más, es muy posible que la monarquía austriaca hubiese resistido sin grandes quebrantos aparentes aquella crisis como resistió otras antes y después; entonces hubiera habido un hijo de la casa de Austria algo crecido, José II, que nació en 1741; Federico



El cardenal Andrés Hércules de Fleury

Del grabado de Pedro Drevet (1664-1739); cuadro original de Jacinto Rigaud (1659-1743)

el Grande no habría marchado sobre Silesia, ni Carlos Alberto de Baviera ceñido la corona imperial; la política de todas las potencias interesadas habría tomado muy distintos rumbos, y quizás la cuestión de la sucesión de Juliers-Berg habría sido, como estuvo á punto de serlo á principios del siglo XVII, la señal para que estallaran nuevas y empeñadas luchas.

La muerte de Carlos VI fué, por consiguiente, un suceso de gran trascendencia para toda Europa. Su fallecimiento fué tan rápido como inesperado: un enfriamiento adquirido en una cacería acabó en 20 de octubre de 1740 con la vida

del último Habsburgo, cuando acababa de cumplir los cincuenta y seis años.

CAPITULO VII

PRUSIA DURANTE EL REINADO DE FEDERICO GUILLERMO I

Repetidas veces en el curso de nuestra narración hemos hecho mención del Estado prusiano y de su monarca Federico Guillermo, haciendo notar la parte que Prusia tomó en los acontecimientos durante esa época acaecidos en la his-